

EL DESORDEN PÚBLICO Y LA VIOLENCIA

Venezuela debería ser un paraíso. Nos lo decía un hombre de negocios europeo al ponderar nuestra posición geográfica, la belleza de nuestras costas y montañas, nuestros ríos fabulosos y la riqueza milagrosa del subsuelo: hierro, petróleo, bauxita, oro... Y nos añadió dos reflexiones: la primera, superficial; la segunda, digna de ponderación: "Dos males le hallo a Venezuela: el tráfico desesperante de Caracas y el desorden público."

El tráfico desesperante es un mal de muchas metrópolis del mundo. El **desorden público** es una acusación muy grave.

Venezuela es una nación para ser feliz. Sin embargo, apena decirlo: en Caracas una dama sola no puede tomar tranquilamente un taxi de noche; y, a veces, ni de día. Un señor solo lo tomará de noche con precaución. Son síntomas fatales: el caso del policía que, al advertir un alboroto, en vez de acudir a poner el orden, se escabulle lindamente porque no siente respaldo suficiente para una actitud severa. El ciudadano atropellado villanamente se resiste a delatar el desafuero porque los forajidos —muy pronto libres— le cobrarán la delación. Un mismo farmacéutico ha sido visitado cinco veces por los cacos y dos veces asaltado.

Venezuela tiene recursos para mantener el orden público más eficaz y mejor organizado del mundo. El **desorden público** es una acusación muy grave porque señala directamente la ineptitud de las autoridades públicas.

La violencia

En este delicioso país de Venezuela viene cundiendo la flor venenosa de la violencia.

Violencia en la familia venezolana, que se desintegra: en las relaciones entre los esposos —divorcio—; en las relaciones entre padres e hijos —distanciamiento e incompreensión—; en la limitación indiscriminada de la natalidad.

Violencia cruel en las modalidades —hijas del odio marxista— del hamponato.

Violencia en las guerrillas urbanas y rurales: de la cual es exponente, entre muchos ejemplos, el asesinato perpetrado con detalles de crueldad patológica en un hombre bueno e inocuo como el Dr. Julio Iribarren Borges. Un hecho de resonancia mundial que ha dejado malparada la fama de Venezuela.

Violencia conscientemente tolerada: hasta hemos tenido el lujo de alimentar opulentamente residencias universitarias —felizmente eliminadas— que sirvieron de centro de operaciones, de refugio, guarida y hasta lugar de descanso a los guerrilleros heridos o fatigados.

Y hay otra violencia, más terrible que las guerrillas y el hamponato: la que nace de los graves desequilibrios existentes. Desequilibrios interregiona-

les: regiones prósperas y regiones deprimidas. Desigualdad del ingreso entre áreas rurales y urbanas. Desequilibrio abrumador en la distribución de los ingresos. Hace pocos años una encuesta de Francia nos revelaba que la diferencia de los sueldos máximos y mínimos oscilaba en aquel país entre 7 el máximo y 1 el mínimo. Nuestros máximo y mínimo oscilan tal vez del ciento al uno. ¿No serán estos desequilibrios irritantes la fuente más radical de nuestros brotes de violencia? ¿Cuántos pingües sueldos acumulan algunos representantes de los partidos gubernamentales? Podríamos aducir ejemplos concretos, curiosos e impresionantes.

La violencia en el orden internacional

El panorama internacional ofrece un cuadro similar.

Violencia de la guerra. El Vietnam: terrorismo, bombardeos, tierras arrasadas y quemadas. El Medio Oriente: con un desenlace tan fulminante como desgarrador para los vencidos. Nigeria...

Violencia proveniente de ideologías totalitarias y falsos mesianismos que no respetan los derechos de la persona humana; que la violentan en todos los medios de comunicación e incomunicación a su alcance. Son aún recuerdos recientes el nazismo y el fascismo. En nuestros días, el caso doliente de Cuba y las guerrillas de la América Latina. Y la de China comunista, donde están desatándose las tendencias primitivas hacia la revolución violenta... El ejemplo monumental de la Muralla de Berlín es un símbolo de la violencia y el odio.

Violencia derivada de la injusticia racial y de las semillas plantadas por el colonialismo explotador: como los conflictos de buena parte de las nuevas naciones de África. Y más cerca de nosotros, el problema racial, cada día más inquietante, de los Estados Unidos; y el ejemplo más insolente de África del Sur.

Y otra violencia, más radical y más básica, como lo hemos dicho ya hablando de Venezuela: el desequilibrio creciente entre las naciones desarrolladas y subdesarrolladas. Violencia proveniente de un orden económico y social esencialmente injusto en el orden internacional. Paulo VI ha escrito en la *Populorum Progressio*, 76: "Las diferencias económicas, sociales y culturales demasado grandes entre los pueblos provocan tensiones y discordias y ponen la paz en peligro." La paz es el fruto de la justicia.

El cristiano ante la violencia

Emociona, en medio del cuadro que hemos descrito, la actitud carismática del Papa Paulo VI ante la ONU y su frase lapidaria: *Jamais plus la guerre: Nunca más la guerra.*

Jesús condenó la violencia. La Magna Carta del nuevo Reino es el Sermón de la Montaña. En las Bienaventuranzas, en el Padre Nuestro, el mandamiento nuevo, está escrita la exigencia cristiana de la paz y amor a los enemigos. Sí, Él mismo usó en ocasiones palabras y gestos violentos, pero siempre al servicio de un mensaje cuya esencia era el rechazo de la auténtica violencia, la que brutaliza y arrebató la libertad a los hombres.

El Evangelio está contra el odio, que es el padre de la violencia. La violencia es la expresión física normal y natural del odio. Hay un lazo muy real —no accidental— entre el odio y la violencia. "El hombre que odia a su hermano —dijo San Juan— es un asesino."

Los primitivos cristianos predicaron una nueva religión de amor en un mundo violento, sometido a la tiranía de Roma, que los perseguía y arrojaba a las fieras. Los cristianos no usaban otra arma que su valor pacífico, su fe y el mensaje evangélico.

La no-violencia es una virtud de los valientes; es la virtud del individuo espiritualmente fuerte. Es la fuerza del espíritu puesta al servicio del amor. La no-violencia exige una disciplina continua de nuestras fuerzas espirituales.

El cristiano no sólo debe liberar a su personalidad de la violencia, sino tiene que ser positivamente heroico: es decir, amar incluso a sus enemigos.

Amor y justicia

Pero sólo la caridad no es suficiente. Se necesita además la justicia. La paz es el fruto de la justicia. La justicia construye la estructura de la sociedad, define los derechos y obligaciones y funda las leyes que nos gobiernan. Y estos problemas de estructura y orden —en el plano nacional e internacional— son los más urgentes para la humanidad. Los cristianos de hoy no podemos desentendernos de ellos.

La caridad y la justicia juntas son capaces de transformar el mundo. Ambas nos dan una visión exacta de la realidad. Si la justicia es la estructura del cuerpo político, la caridad es la sangre, la vida. La caridad sin justicia se deshace. La justicia sin caridad no es un organismo vivo, sino un cadáver. Ambas, fraternalmente unidas, son la respuesta a la violencia, que nos domina.

La violencia contra la violencia

Pero si la justicia y la caridad, en los casos descritos de desigualdades económicas y sociales, son violadas implacablemente, insuperablemente... ¿cómo podrán nuestros oprimidos y marginados salir de la situación de miseria, de subcultura y de pobreza sin recurrir a la violencia?

Si el hamponato se organiza nacional e internacionalmente y utiliza las armas más eficaces y costosas para el crimen, la sociedad ¿no podrá usar la violencia contra la violencia?

Si el comunismo internacional, concretamente en América Latina, organiza, a base de un Estado concreto, una organización de Ollas o guerrillas y coloca a las naciones en trance de guerra, ¿no podrán utilizar para su defensa las armas de la guerra, a pesar de su horror?

Y esto nos coloca ante un problema de vivísima actualidad. ¿Hay casos en que la caridad y la justicia nos reclaman a los mismos cristianos la violencia? Y esa violencia contra la violencia ¿será auténticamente violencia?

Será el tema de estudio de nuestro próximo editorial: cuándo puede ser justa y necesaria la violencia.

M. A. E.

Atención al Sínodo

Del día 1 al 26 de junio de 1967 el Episcopado Venezolano se reunió en Los Teques en Conferencia Nacional.

De ella emanaron las Conclusiones que editamos en el presente número de SIC. Y el nombramiento de los dos representantes del Episcopado Venezolano ante el SÍNODO: el Cardenal Quintero y Mons. Luis E. Henríquez.

El Sínodo es la primera reunión de 200 Obispos con el Papa, en una Asamblea, que supone un paso de democratización de la Iglesia. Sin duda ninguna, el más importante suceso de la Iglesia después del Concilio Vaticano II.

Nuestra atención al magno acontecimiento; y nuestra oración para que Dios ilumine a su Iglesia en uno de los momentos más críticos de su Historia.